

EL MIEDO A LEER Y ESCRIBIR

A mis estudiantes de Caucasia.

Hace ya algunos días asistí a una reunión de profesores universitarios. En ella se actualizó las condiciones para desarrollar los cursos semestrales asignados. Una coordinadora del programa desde el que se cita a la reunión precisa su caracterización de los estudiantes inscritos en los cursos. Tal vez ella no diría caracterización, sino pliegue cartográfico o algo más expresivo y sofisticado. En fin, lo que señala es que los estudiantes leen poco y escriben menos. *Cualidades* que explica advirtiendo que ‘provenimos de culturas de la oralidad’ y que ‘nuestros horizontes son más narrativos que escriturales’. Por esto, sugiere que los cursos no reciban su fundamento en la escritura y, mucho menos, en forzar a los estudiantes para que escriban. Lo que la coordinadora indica es que hay que implementar otras formas de desarrollar *nuestros* cursos y clases. En el fondo, parece dispensarnos de nuestras tareas como profesores, después de todo ¡Los estudiantes no saben leer ni escribir y tampoco quieren hacerlo! Como podrá imaginarse, si se juzga bien *nuestra* época, los profesores asistentes a la reunión dicen muy poco y los que dicen algo parecen compartir el criterio de la coordinadora. En general, todos están ávidos de *nuevas* alternativas didácticas que reemplacen la *caduca* educación tradicional. La escritura resulta un tanto obsoleta si se enfrenta a la promesa de un paraíso educativo renovado ¡No hay defensa alguna acerca de la necesidad de que los profesores y los estudiantes escriban!

En este punto, permítaseme un inciso para recomendar *Pedagogía (entre paréntesis)* de Daniel Brailovsky (2019), un ensayo que argumenta la falsedad de la oposición entre nuevo/tradicional en pedagogía. Apropiándonos la tesis que Brailovsky propone, esta versa en que muchas de esas cosas a las que se llama nuevas, son oportunas para que campeen, sin ningún tipo de pudor, iniciativas de captura de la educación por el mercado. Al parecer, quienes encuentran que la educación es una mercancía como cualquier otra, son los más preocupados por *superar* lo caduco y dar bienvenida a lo más reciente, lo último. Es decir, *neurociencias*, superación personal, educación emocional, autogestión, autocontrol, innovación y un largo etcétera que escamotea el malestar educativo al señalar que todo está en nuestro cerebro y en *nuestras* emociones. Por lo tanto, para el mercado educativo todo puede transformarse con la *simple* decisión personal. Ahora bien, en esas cosas que llaman tradicionales permanece un contenido que en verdad sí aspira a la libertad y la autodeterminación. No por la mediación de una *simple* decisión personal, sino por el trabajo paciente del hombre con su situación histórica y social, esto es, con lo que lo hace indisoluble de los otros. La libertad y autodeterminación no están donde el mercado educativo señala, en *nuestro* cerebro y en *nuestras* emociones, sino en las condiciones históricas y sociales comunes. De hecho, la mente y los afectos son el archivo de nuestra vida histórica y social. La tesis de Brailovsky podría estribar, no en adoptar una postura sectaria o de defensa de alguno de los puntos en oposición, puesto que se sabe que esa oposición es falsa, sino en com-



Alexánder Hincapié García

Doctor en Educación. Magíster en Psicología. Estudios de pregrado en Psicología y Licenciatura en Filosofía. Docente Universidad de San Buenaventura Medellín y Universidad Católica de Oriente. Email: alexander.hincapie@usbmed.edu.co

“Para vivir y comprender totalmente, no necesitamos solo la proximidad, sino también la distancia. Y esto es lo que la escritura aporta a la conciencia como nada más puede hacerlo”

Walter J. Ong, 2009.

“Me parece que tomar un libro mío en las manos es una de las distinciones más singulares que alguien puede otorgarse”
Friedrich Nietzsche, 2016.

prender la heterogeneidad de perspectivas enmascaradas en la dicotomía nuevo/tradicional. Todavía más importante, la tesis puede traducirse en el propósito de tomar distancia de la época, pero no claudicar en hacer preguntas urgentes con respecto al tipo de educación que se promueve. Interrogar, por ejemplo, el por qué se nos exige de leer y escribir en la universidad. También el cuestionar cómo es que los profesores llegamos abrazar con tanta devoción la promesa de un paraíso educativo renovado, donde podrá abandonarse aquello que exija disciplina.

Podrá indicarse que la escritura es una actividad en la que se fijan sistemas de conocimiento, así como las modalidades a partir de las que se producen dichos conocimientos, excluyendo otros lenguajes. En este sentido, es vinculante y normativa. Pero, en la escritura no solo se reafirman sistemas de conocimiento, también en ella los sistemas son disueltos. En la escritura el hombre no solo reafirma sus vínculos normativos, sino que abre la brecha entre estos y la posibilidad de crear. Esto no es extraño. En el siglo XVIII, cuando la Ilustración arranca la escritura de los poderes de jerarquización política (el rey), religiosa (el Papa) y cultural (el erudito), se produce una expansión de posibilidades políticas, religiosas y culturales de creación para aquellos a los que otrora se les negaba la oportunidad de escribir. *En Historia maldita de la literatura. La mujer, el homosexual y el judío*, Hans Meyer (1982) sostiene que la Ilustración fracasa en realizar la igualdad entre todos los seres humanos. La constatación de este fracaso está en los acontecimientos históricos de los siglos XIX y XX. Empero, las mujeres, los homosexuales y los judíos en la escritura encuentran formas de vida o, al menos, estilos que les permite cultivar su diferencia y embellecer lo que los tribunales históricos y sociales han declarado maldito.

De regreso a la reunión, es claro que los estudiantes no saben ni quieren escribir. Queda elíptico el que los profesores tampoco (aunque esto no pueda decirse por discreción). Así que toca hacer otra cosa; toca pensar qué hacer. Algo que implique leer poco y escribir menos. A eso se reduce el criterio de la coordinadora. De un trazo es borrada la escritura con el recurso a que esta no es parte de las culturas de las que, se supone, provenimos. La escritura nunca ha sido *nuestra*, es lo que en conclusión se nos dice. Llegado a este punto de la reunión, lo que puedo poner en palabras, al menos para mí mismo, es que si la universidad no es, por definición, un espacio de lectura y escritura, si la universidad no es el espacio en el que los profesores insisten en que el hombre puede darse a sí mismo la lectura y la escritura como prácticas de libertad y de autodeterminación, es hora de considerar cuál es la necesidad de insistir en nombrar como profesor a ese impostor que no lee ni escribe, pero que ha encontrado cómo enquistarse en las aulas universitarias.

Traten de imaginar la aporía a la que se me arroja. El curso que me asignaron tiene como temas centrales la escritura, la formación y la universidad. De adoptar el criterio de la coordinadora, me enfrento a un *horizonte* donde no se sabe escribir, ni se quiere hacerlo, pero en el que debo *actuar* como profesor de escritura, pues a eso me comprometí. Podría orientar el esfuerzo de estas letras en vapulear la fallida actitud *posmoderna* que celebra performances y pliegues rizomáticos con los que se pretende resistir y remplazar la escritura. Podría indicar, siguiendo a Kant y Nietzsche, que la actitud antiescritural es la pereza cobarde del mediocre. También podría tratar de demostrar que la escritura preserva la memoria de la tradición. En este sentido, nótese lo siguiente. Para la tradición judía, Yavé (יהו) crea el mundo a través del lenguaje. Más específico, Yavé (יהו) crea con las palabras; esto es, la creación es un hecho lingüístico. Pero, la creación no está completa hasta que el hombre se confronta con ella en la escritura. Es decir, al escribir el hombre emprende la tarea de completarla. La escritura es lo que falta a la creación. Si bien dentro de la tradición judía, la Torá (el libro sagrado) debe transmitirse de manera oral de generación en generación, como efecto de la persecución y del exilio, la posibilidad de transmitirla de forma adecuada se pone en riesgo. En el año 190 de la era común (EC), Rabí Iehudá Hanasí compila la Torá Oral en forma escrita con el nombre de Mishná (enseñanza en hebreo), con el propósito de preservarla. Rabí Iehudá la escribe en forma codificada y por esto sus estudiantes necesitan la interpretación de un rabino. En este sentido, la Torá permanece abierta a una interpretación infinita. Desde entonces, el pueblo judío es conocido como el ‘pueblo del

libro'. La Torá no solo es su marca y signo, también es el espíritu de su supervivencia. A través de la escritura, el hombre comparte con Yavé (יהוה) la posibilidad de crear algo nuevo de verdad, como también a través de la escritura actualiza sus capacidades para resistir la fuerza virulenta de la vida política, religiosa y cultural.

Sin embargo, en vez de dirigir el esfuerzo en *responderme* de forma sistemática a qué es lo que invita la coordinadora con su criterio, no tomo decisiones apresuradas, espero con paciencia, como si en mi cabeza escribiera un texto que necesita de la espera. Así que no me ilusiono con crear torsiones didácticas (si tal cosa existe), para hacer de un curso de escritura algo que no tiene que ver con ella. Retomo mis lecturas y recuerdo el libro de Maristella Botticini y Zvi Eckstein (2014), *Los pocos elegidos. La influencia decisiva de la educación en la historia del pueblo judío, 70-1492*. En términos generales, la tesis que se explora en el libro plantea que, de cierta manera, se ha hecho común aceptar que es la persecución lo que da al pueblo judío su forma singular. Pese a todo, para Botticini y Eckstein esta explicación puede revertirse oponiendo otra menos explorada. A su juicio, la transformación del pueblo judío se da a partir del año 70 (EC) con el impulso de una norma por la cual se obliga a todo varón judío, desde niño, a leer con dedicación la Torá, a saber, la obligación de educarse. Por la educación, el pueblo judío se elige a sí mismo y esto provoca la transformación que lo hace singular hasta el presente. Estudiar la Torá, escribir comentarios interpretativos y discutirlos, a lo largo de los siglos, forma un pueblo capaz de perdurar por la fuerza de la lectura y la memoria que se entrelaza con la escritura.

Días previos al inicio del curso reitero que la escritura es una forma de elegirse a sí mismo. Escribir es firmar el cuerpo con las palabras que elegimos para nosotros. Por eso, al iniciar el curso dirijo mis preguntas y observaciones hacia los estudiantes. Clausuro el criterio de la coordinadora. En la primera sesión no elevo la pregunta en torno a qué cosas escribirían (si escribieran), sino acerca de qué cosas jamás escribirían. Las respuestas se relacionan con la religión, la familia, la sexualidad, las preferencias sexuales, las humillaciones sufridas, la violencia política y la violencia contra las mujeres. Si se nota bien, esto no es poco. En verdad, los estudiantes tienen mucho para decir. Tienen mucho sobre qué escribir, pero eligen no hacerlo. Al interrogar el por qué, lo que aparece es la vergüenza y la prevención de ser expuestos. Es decir, el miedo a convertirse en el *blanco* de los tribunales históricos y sociales vigentes. El curso avanza y, en la medida en que lo hace, se dan afirmaciones acerca de que la escritura solicitada por los cursos en la universidad no exige mucho, a lo sumo, aprender a dar a los profesores lo que estos solicitan y esperan. La escritura solicitada es técnica en el sentido académico. Incluso, al pedir a los estudiantes que escriban sobre sí mismos, los bien ponderados ejercicios biográfico-narrativos, jamás se interpela por las *metáforas moribundas* (Orwell, 2009), las expresiones de sentido común, los clichés y la carencia de fuerza en lo que escriben. Jamás se los interroga por si en verdad ellos están allí. En suma, escribir sobre sí mismos también se convierte en algo técnico. Para el caso, repetitivo y mecánico. Al parecer, la *gran* línea de fuga narrativa de los profesores *posmodernos*, no se está realizando. Los ejercicios biográfico-narrativos resultan tan formativos como una conversación sobre el clima. Desde luego, los estudiantes universitarios escriben mucho, pero poco aprenden de la escritura y, mucho menos, aprenden a ver en ella un espacio para experimentar consigo mismos. Se escribe porque hay que hacerlo, pero no se escribe para formarse ni para dar forma al «yo». Por esto, pensar la escritura o escribir para pensar y escribir para estremecer el pensamiento, tareas de esa naturaleza, solo pueden causar desconcierto.

Mientras más me familiarizo con la actitud de los estudiantes frente a las actividades escriturales, lo evidente no es la verdad del criterio de la coordinadora, sino lo que no hacemos los profesores para enseñar el amor por la escritura. Lo que mejor verifico no es tanto el que los estudiantes no quieran leer ni escribir, lo cual en cierta medida es secundario. Ese «querer» puede incitarse. De hecho, Benner (1998) señala que, si la formación no se alcanza por imposición, entonces la tarea de los profesores es incitar a los estudiantes para que elijan formarse. Nuestra tarea es incitar su autodeterminación. Ahora bien, lo que mejor verifico es la escasez de profesores capaces de mostrar la

fuerza que se acrecienta una vez te has adueñado de una actividad que te ofrece resistencia. Hegel dirá que dando forma a la «cosa» el «yo» se da forma a sí mismo. En efecto, leer y escribir no son actividades simples. Requieren del esfuerzo y la paciencia que exige todo aquello que escapa a nuestras referencias inmediatas. Lo que he encontrado es la escasez de profesores dispuestos a superar con sus estudiantes el miedo a leer y escribir, arriesgándose más allá de la arbitrariedad autocomplaciente del que no quiere esforzarse ni cultivar con paciencia. Podría decirse, apelando a Nietzsche, que el que renuncia a la escritura, por miedo a darse la disciplina que exige, renuncia a su autodeterminación.

En otras palabras, lo que verifico es la carencia de maestros en el sentido que Nietzsche indica. Entre más abstracto sea un contenido a exponer, más tendrá que esforzarse el maestro en seducir, esto es, llevar al cuerpo lo que se percibe nebuloso y no experimentable. Entre más abigarrada y difícil se nos muestra la escritura, más grande es la promesa de sentir la plenitud de la vida. Si Nietzsche afirma que la vida sin música sería un error, la vida sin escritura sería estéril.

Bibliografía

Benner, Dietrich. (1998) *La pedagogía como ciencia. Teoría reflexiva de la acción y reforma de la praxis*. Barcelona: Pomares.

Botticini, Maristella y Eckstein, Zvi. (2014). *Los pocos elegidos. La influencia decisiva de la educación en la historia del pueblo judío, 70-1492*. Barcelona: Antoni Bosch.

Brailovsky, Daniel. (2019). *Pedagogía (entre paréntesis)*. Buenos Aires: Noveduc.

Meyer, Hans. (1982). *Historia maldita de la literatura. La mujer, el homosexual y el judío*. Madrid: Taurus.

Nietzsche, Friedrich. (2016). *Ecce homo. En Obras completas. Volumen IV. Escritos de madurez II y complementos a la edición*, pp. 773-859. Madrid: Tecnos.

Ong, Walter J. (2009). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica.

Orwell, George. (2009). *Matar a un elefante y otros escritos*. México: Turner.